

A ELVIRA

Cuando, solos, tus manos en las mías,
pensativa te veo y silenciosa,
y en blandas alegrías
mi corazón reposa;
cuando, á tu lado, vuelan dulcemente
raudas las horas, sin que yo las cuente;
cuando, temblando de placer, te guío
por el bosque sombrío;
cuando en mi oído trémulos resuenan
tus suspiros de amor, que me enajenan,
y amor jura también el labio mío;
y cuando, más feliz, tu sien hermosa
en mi rodilla apoyas confiada,
y mi ardiente mirada
en tu pupila se hunde codiciosa,
como abeja en el cáliz de la rosa;
siento ¡ay de mí!, cual pérfida saeta,
en mis entrañas inquietud secreta;
y en medio del placer, que dulce adoro,
brota en mi frente pálido el espanto,
y en tu regazo lloro,
¡y me asombro yo mismo de mi llanto!
Lo ves, y quieres comprender mis penas;
en tus brazos ansiosa me encadenas,
me interrogas, y advierto
en tu pupila azul lágrima pura,
que viene á unirse á las que amargas vierto.
—«¿Qué te aflige?, me dices con ternura;
derrama en mí, bien mío, tu amargura,
y de tu corazón en la honda herida
bálsamo el mío verterá de vida.»
Cesa, cesa en tus ruegos, dulce amada;
cuando en tus brazos sin temor reposo,
cuando en tus ojos clavo la mirada
y dicen que me adoras,
nadie, en el mundo, como yo es dichoso.
Pero, nublando tan felices horas,
oigo, cual queja misteriosa y vaga,
decir dentro de mi siniestras voces,

que huyen los días del placer veloces,
que el fuego del amor también se apaga.
Mi espíritu alarmado el negro velo
rasgar entonces del futuro quiere,
y exclamo al fin con doloroso anhelo:
«¡Sueño es la dicha, si la dicha muere!»

EL OTOÑO

¡Adiós, árboles desnudos,
que apenas me prestáis sombra,
hojas, hoy del bosque alfombra,
ayer gala y esplendor!
Últimos días serenos,
vuestro luto misterioso
es á mis ojos hermoso,
simpático á mi dolor.

El solitario sendero
sigo con trémulo paso
para admirar en su ocaso
al sol por postrera vez,
y de su luz macilenta
que entre la niebla sombría
cae sobre mis sienes fría,
contemplo la palidez.

En estas lóbregas tardes
mayor encanto reviste
esa luz, brilla más triste
y me halaga mucho más.
Es cual adiós de un amigo,
es como el suspiro blando
de unos labios, que cerrando
está la muerte quizás.

Yo también lloro en la meta
del camino de la vida
la esperanza, ya perdida,
que seguí con loca fe;
y hacia atrás los ojos vuelvo,
y el largo sendero miro,
y por las dichas suspiro
que ansiaba y que no gocé.

Al borde de mi sepulcro,
Naturaleza, perdona
á quien la vida abandona,
un sollozo de dolor.
¡Es hoy la brisa tan suave!
¡Es tan hermoso hoy el mundo!
¡Para un pobre moribundo
tiene el sol tanto fulgor!

Voy á morir, y quisiera
apurar hasta las heces
mi copa, dulce unas veces,
otras rebosando hiel;
en el fondo de ese cáliz,
en el que bebí la vida,
quizás hubiera escondida
alguna gota de miel.

¿Quién sabe si dulces goces,
de que perdí la esperanza,
me guardaba en lontananza
el obscuro porvenir?
Quizá un corazón hallara
que hermano del mío fuera,
y su latir respondiera
á mi angustiado latir.

Al viento, la flor que muere
da su esencia desprendida;
al sol, al aire, á la vida,
sus adioses estos son;
yo muero también, y mi alma,
como vibración sonora,
en la queja se evapora
que exhala mi corazón.

AISLAMIENTO

Cuando el ocaso enturbia el horizonte,
 al pie de añosa encina
 siéntome triste en el riscoso monte,
 y mi vista se inclina
 á la baja llanura, y en el verde
 piélago de sus árboles se pierde.
 Lejano el río pertinaz murmura,
 tuerce el curso y se esconde en la espesura;
 sus aguas adormece
 el lago, y en el cielo, hermosa y pura,
 la estrella de la tarde resplandece.
 En las remotas cumbres
 el destello postrar la tarde lanza
 de sus murientes lumbres;
 y el carro de la luna tardo avanza
 dando vago fulgor al firmamento.
 Su religioso acento
 dan allá en lontananza
 las campanas al viento,
 y se detiene incierto el caminante
 al escuchar la lúgubre armonía
 del bronce resonante
 diciendo adiós al moribundo día.

Mas ¡ay!, ni una sonrisa ni un suspiro
 me arrancan esos dulces alicientes;
 cual sombra errante, el universo miro;
 cadáveres no anima
 el sol de los vivientes.
 Mis turbios ojos van de cima en cima,
 del oriente al ocaso,
 del norte al mediodía, paso á paso
 el horizonte recorriendo; y pienso,
 sumido en melancólica amargura,
 que para mí no hay goce ni ventura
 en su circuito inmenso.
 ¿Qué me importan llanuras ni montañas?
 ¿Qué me importan palacios ni cabañas?
 ¡Ríos, árboles, cúspides! ¡Ha muerto
 ya para siempre vuestro hermoso hechizo!

Faltó quien bellos á mi vista os hizo,
 y sois, no más, un áspero desierto.

Cuando de luz el sol los cielos viste,
 cuando expira glorioso, indiferente
 sigue su disco mi pupila triste.
 Brillen sus rayos en sereno oriente
 ó en aurora sombría,
 ¿qué importa el nuevo sol á quien no espera
 nada del nuevo día?
 Aunque dado me fuera
 seguirle, en torno mío
 no más hallara, en su triunfal carrera,
 soledad y vacío;
 en la vasta extensión iluminada
 por su rayo fecundo,
 no espero, ni ansio, ni apetezco nada;
 nada le pido al mundo.

Pero quizás, tras los azules velos,
 donde otro sol más puro y más brillante
 ilumina otros cielos,
 al dejar de la vida los despojos,
 lo que he visto en mi sueño delirante
 aparezca á mis ojos.
 Su eterna sed mi espíritu doliente
 podrá saciar en abundosa fuente;
 encontraré el amor y la esperanza,
 y ese bien ideal, sueño del hombre,
 que ni siquiera alcanza
 en esta tierra miserable un nombre.

¡Desconocido sér, que fiel adoro,
 si en la que rige el sol carroza de oro
 llegar pudiese á tus amantes brazos!
 ¿Por qué en el mundo desterrado lloro?
 Con el mundo rompí todos los lazos.
 Cuando el bosque sombrío
 desprende la hoja mustia, el cierzo frío
 la arrebata en sus giros turbulentos.
 Del árbol de la vida
 yo soy hoja caída:
 ¡lejos del mundo arrebatadme, oh vientos!

Á UNA JOVEN
QUE ME HABIA CONTADO UN SUEÑO

¡Un ósculo en mi frente, aunque soñado!
Pero ¿no ves, oh niña encantadora,
que el raudal de mi vida está agotado;
que huyen los dulces besos
de mi pálida frente pensadora,
y aunque anhele tan gratos embelesos,
nunca á la Noche abrazará la Aurora?

Tú sin duda creiste
que tu aliento en florida primavera
trocaría mi otoño rudo y triste;
que en mi cana cerviz se fundiría
la nieve de la edad que la cubriera;
y que, si logra la amorosa palma,
tan hermosa y lozana como un día
vuelve otra vez á florecer el alma.
Tú soñaste tal vez que mis cabellos,
como tus rizos, negros y brillantes,
halagaban tu manó, hundida en ellos,
con sus sedosas olas ondulantes;
que la inocencia de tus ojos bellos,
porque ardiente deseo no la venza,
tu puridad guardaba y defendía;
que yo era Jocelyn, y tú Lorenza,
y que la selva en flor nos escondía;
que en estrofas sonoras
mi ilusión desbordaba á todas horas;
y era mi pobre corazón, opreso
de tu trémula mano al blando peso,
una lira, de cuerdas vibradoras,
en cuyas notas, al volar veloces,
unía un mismo són nuestras dos voces.

¡Fatal visión! Mi sangre enardecida
pugna, sedienta de imposibles goces,
por remontar el curso de la vida.
A nadie, ¡oh niña que tan dulce sueñas!,
refieras tus delirios halagüenos;
no sueñes nunca, y si en soñar te empeñas,
no despiertes jamás de tus ensueños.

EL MANANTIAL

I

Límpido manantial, tranquila fuente
que desde el seno de las rocas frías
caes en lluvia de perlas transparente
sobre el florido césped, que rocías;

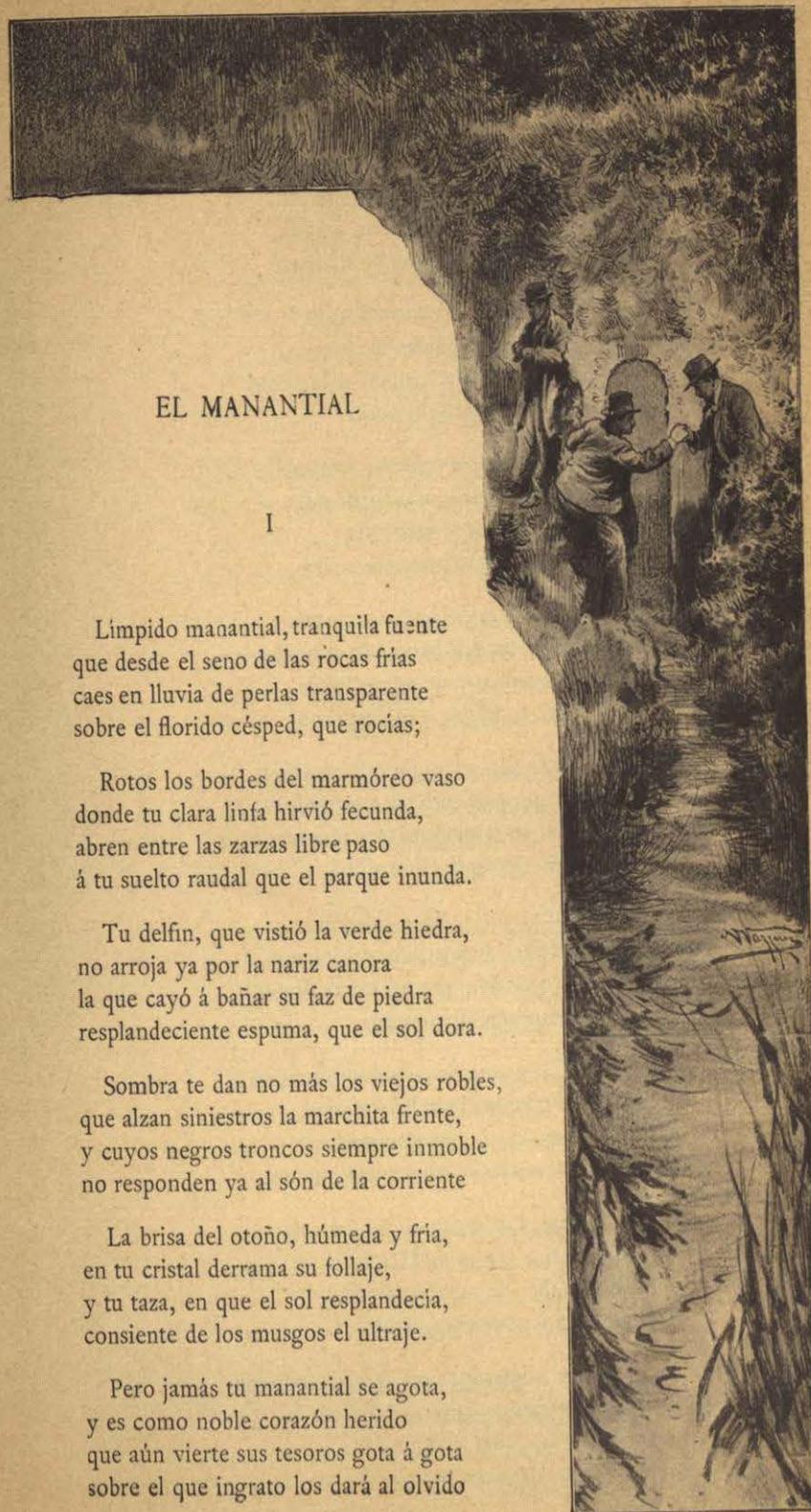
Rotos los bordes del marmóreo vaso
donde tu clara linfa hirvió fecunda,
abren entre las zarzas libre paso
á tu suelto raudal que el parque inunda.

Tu delfin, que vistió la verde hiedra,
no arroja ya por la nariz canora
la que cayó á bañar su faz de piedra
resplandeciente espuma, que el sol dora.

Sombra te dan no más los viejos robles,
que alzan siniestros la marchita frente,
y cuyos negros troncos siempre inmoble
no responden ya al són de la corriente

La brisa del otoño, húmeda y fría,
en tu cristal derrama su follaje,
y tu taza, en que el sol resplandecía,
consiente de los musgos el ultraje.

Pero jamás tu manantial se agota,
y es como noble corazón herido
que aún vierte sus tesoros gota á gota
sobre el que ingrato los dará al olvido



II

Fuente ignorada, que el raudal ocultas,
pláceme ver tus ondas á mis plantas,
cuando, urtiva huyendo, las sepultas
entre las duras guijas que abrillantas.

Pláceme oír el cristalino acento
de las perlas que líquidas tú lloras,
y es como dulce voz cuando el lamento
interrumpe las sílabas sonoras.

Al compás de esa trémula armonía
la imagen brota de la edad risueña,
y vierte al corazón melancolía
el bien perdido que presente sueña.

A tu plácida orilla ¡cuántas veces,
murmurador raudal, henchido el pecho
de inefable dulzor ó de agrias heces,
la dicha me condujo, ó el despecho!

¡Cuántas veces el ay de mis gemidos
murió al rumor de tu letal murmullo!
Todos mis pensamientos más queridos
nacieron de tus aguas al arrullo.

Suelta al viento la libre cabellera,
me viste niño, cuando audaz mi mano
fingía en tu cristal, que un soplo altera,
la ruda tempestad del oceano.

Luego, al pie de los árboles frondosos
que sobre ti se inclinan halagüeños,
flotar, como tus perlas numerosos,
miré el enjambre de mis dulces sueños.

Brillaba el horizonte de mi vida
como á la luz alegre de la aurora
brilla la nube, de carmin teñida,
que oculta la tormenta asoladora.

Mas ¡ay!, después, con funeral desmayo
llorando desamor, ausencia ó muerte,
mi sien, herida del fulmineo rayo,
vino á caer sobre tu roca inerte.

Suelta. Viento. Júpiter. no en. 1833

Y ocultando mi rostro entre ambas manos,
descubría en la sombra tu reflejo,
y en estéril turbión mis lloros vanos
á empañar iban tu bruñido espejo.

Sólo á tus ecos su insensata pena
suspirando exhalaba el pecho herido,
y es que daba, no más, fuente serena,
respuesta á su sollozo tu gemido.

III

No extrañes, pues, que el desterrado huésped
hoy á tu orilla solitario vuelva
á oír cuál fluyes sobre el blando césped
en el silencio agosto de la selva.

Mas, cual las hojas que desprende el viento
y arrastras al torrente caudaloso,
no sigue ya mi errante pensamiento
el rumbo de tus aguas caprichoso.

El estruendo del mundo le importuna,
y atento sólo á tu rumor tranquilo,
á la luz vaga de muriente luna
pide á tu bosque protector asilo.

No vuela al río ni á la mar, adonde
van á morir tus límpidos cristales;
me place más buscar dónde se esconde
la diestra que derrama tus raudales

Y flotar entre pliegues de vapores
mira tu linfa, y en turbión de estio
caer al valle, ó fecundar las flores
con el nocturno llanto del rocío.

Sediento el suelo, por oscuras bocas
la lluvia absorbe, que en su seno encierra,
y esa savia que fluye entre las rocas
de las flores de abril viste á la tierra.

Abrillanta tus perlas virginales
crisol que ocultan tenebrosos velos,
y cuando al mundo brotan tus raudales,
son más puros que el éter de los cielos.

Brotas, y el valle á tu rumor se anima;
 las alas baña el céfiro en tus ondas;
 extiende el roble secular su cima
 para cubrirte con sus verdes frondas.

Y de las aves te saluda el coro,
 y el hombre, de la tierra soberano,
 de rodillas recoge en copa de oro
 tus aguas, ó en el hueco de su mano.

Y por eso me dices, oh arroyuelo:
 «La bondad y el poder de Dios adora;
 este prodigio, que sorprende al cielo,
 un juego es de su diestra creadora.»

IV

Esa honda voz que en tu rumor murmura
 dispone el corazón al sacro culto.
 Es el amor del hombre á la Natura
 el primer himno á su Hacedor oculto.

Del alma alivia el palpitante anhelo
 cada queja que exhala tu corriente,
 pues le responde en ella voz del cielo
 que anuncia al Dios que su anhelar presiente.

Y de suspiros lleno el pecho triste,
 que así desborda cual tu taza henchida,
 á mi labio, que en vano se resiste,
 surge la del amor fuente escondida.

Surge, y el fuego de la fe bendito
 da á la interior plegaria el calor santo;
 y «¡Dios que adoro,» conmovido grito,
 «toma el oro y la mirra de mi llanto!»

Y así me ves, llorando mis congojas,
 triste volver, entre otoñales brumas;
 selva soy que perdió sus verdes hojas,
 cisne soy que perdió sus blancas plumas.

Quizás aún torne á tu feliz ribera,
 doblada al suelo la canosa frente,
 y al árbol que á mi infancia sombra diera
 pida bastón que mi vejez sustente.

Sentado triste sobre el musgo blando,
 mi fin vecino presintiendo á solas,
 aquí á morir aprenderé mirando
 como resbalan sin cesar tus olas.

Y al ver, gota tras gota, tu urna fría
 verter sus linfas, cuando ya sucumba,
 «Tu suerte, exclamaré, será la mía;
 al mar tú corres como yo á la tumba.»

¿Qué importa cuánto resta del camino?
 Voy donde va tu rápida corriente.
 ¡Pronto el ocaso á sorprendernos vino!
 ¡Corre, corre hacia el mar, límpida fuente!



LOS PÁJAROS

Los pájaros, orquesta de los cielos,
de la gloria de Dios canoros vates,
dan al estío sus alegres notas
cortando el vago azul con alas de ángel,
fugitivos dichosos de los bellos
jardines celestiales.

Mientras las flores en el campo brillan,
y de la espiga desgranada cae
la mies menuda al polvoriento surco;
mientras del crudo invierno los cristales
no aprisionan la fuente ó el arroyo
donde van á posarse;

De música jovial el cielo inundan;
con verdes ramos su risueña cárcel
la doncella engalana; pasa el niño
blanda la mano por su pluma suave;
y sentado al umbral el pobre viejo,
el pan con ellos parte.

Mas cuando fruto y flor desaparecen,
cuando cubre la escarcha monte y valle,
¿adónde entonces van? ¿Su vida acaba
con sus amores breves y fugaces?
De su lejana ausencia misteriosa
nadie el secreto sabe.

Al pie de un árbol tenebroso hallamos
una pluma quizás suelta y errante,
cual hoja mustia, que la oruga roe
y manchan las nocturnas humedades,
y sin aroma, sin verdor ni brillo,
rueda á merced del aire.

Un nido vemos, que deshecho cuelga
de la nativa rama, columpiándose
al soplo frío del lluvioso invierno,

de hogar vacío resto miserable,
que los polluelos con gozosos píos
regocijaron antes.

¡Oh, mis encantadoras avecillas,
al nacer tan alegres! ¿Lazo infame
que os tendió el Crēador, es vuestra vida?
¡Cual la nuestra!.. ¡Y aún hay quien ría y cante!
¡Cuán cruel, cuán injusto Dios sería,
si no fuese tan grande!

GRITO DEL ALMA

Cuando el divino soplo que palpita
sobre la tierra con murmurio vago,
roza mi corazón y mi alma agita,
como el cristal del lago
riza en leves espumas
cisne que pliega las nevadas plumas;

Cuando con vivo anhelo
miro allá arriba el luminoso coro,
y traspasando el extendido velo,
sigo, soñando, los senderos de oro
en donde, como polvo de sus huellas,
sembró Dios las estrellas;

Cuando arrulla, gorjea, trina ó canta
todo en el mundo, y á gozar convida,
y en la luz que los cielos abrillanta
el hombre absorbe embriagadora vida,
cuya corriente leda
jamás parece que agotarse pueda;

Cuando arrebatada inspiración sublime
mi espíritu, que audaz remonta el vuelo,
y cediendo á la fuerza que le oprime,
en los últimos límites del cielo,
dudoso de sí mismo,
teme caer al fondo del abismo;

Cuando feliz al corazón estrecho
la imagen celestial de mis amores,